

escasa divulgación de esta práctica entre los españoles actuales al menos.

Por lo simpática y original, y porque pudo practicarse en España, no cerramos este apartado sin hacer una ligera mención del devoto ejercicio «Aurora Mexicana para saludar todos los días a Nuestra Madre y Señora María Santísima de Guadalupe», incluida en el devocionario referido anteriormente. Tiene aire mañanero, jugo de fruta y gracia inimitable, basado ciertamente en la práctica franciscana de las Tres Avemarías ya estudiadas.

d) *El Mes de Diciembre o de la Inmaculada.*

Aunque a la Santísima Virgen habíasele consagrado ya el Mes de Mayo para cada día honrarla en la consideración de sus maravillosos privilegios, exigía la perfecta devoción que un mes se dedicase sólo y exclusivamente a reverenciar el tan excelso Misterio, orgullo y blasón de los españoles. Este mes no podía ser otro que el de diciembre, sobresaturado de candor, en cuyo octavo día celebra la Iglesia la Concepción Purísima de la Madre de Dios.

¿Cuándo comenzó España a postrarse ante la Inmaculada consagrándose a Ella con esta prolija devoción? Veremos. En el notable devocionario del P. José Mach, S. J., «Ancora de Salvación» —tenemos delante la edición 86, pero fué impreso por vez primera en 1854—, insértase en tercer lugar al señalarse los «Piadosos ejercicios en honra de la Inmaculada Virgen María», esta novísima práctica devota, aunque sólo en lacónica insinuación, en que se exponen las indulgencias que ganan los que durante el mes de diciembre «consagraren algún ejercicio de piedad a honra de María Inmaculada».

Lanzada posiblemente esta bella idea en 1854, al calor de la definición dogmática del Misterio —si es que no apareció en otras edi-

ciones posteriores muy corregidas y aumentadas—, es de suponer que al menos los numerosos y asiduos lectores de este manual, teniendo en cuenta la citada indicación, intentarían cumplir tan hermosos deseos con algunos obsequios y oraciones a la Purísima en las evocadoras fechas decembrinas. Sin embargo, restaba el libro guía o ejercicio impreso, sin el cual los devotos andan como desorientados y hasta incapaces de cultivar ninguna devoción. Que sepamos, apareció, por fin, impreso en nuestra patria en 1892, pero de traducción del italiano, con este epígrafe: «Mes de la Inmaculada Concepción de María Santísima. Meditaciones, Novena y ejercicios piadosos para consagrar todos los días del Mes de Diciembre en honor de la Santísima Virgen, escrito por el P. Luis Angel Torcelli, de la Orden de Santo Domingo, y traducido por el Sr. L. López». Este bello librito, editado en Madrid por la Librería de Leocadio López, su mismo traductor ofrece al amante de la Virgen la oportunidad de consagrarle con estos sabrosos ejercicios todas «las largas noches de Diciembre, verdadero Mes de la Inmaculada», palabras que transcribimos por el carácter de práctica hogareña, íntima y santificadora con que nos la ofrece.

Tan acertadamente impulsados y dirigidos seguirían los españoles incluyendo entre sus rezos y plegarias concepcionistas esta bella devoción en las postrimerías del XIX. Y púedese presumir que no desmayasen en ello, porque llegado el año de 1904, quincuagenario de la definición, la devoción concepcionista floreció o reverdeció de tal manera que, como ya hemos visto al tratar de los Doce Sábados, las devociones apagadas se encendían y las iniciadas seguirían su curso con más pujanza y esplendor si cabe (14). Ahora bien: el P. Porcelli bien supo orientar su recomendación del Mes de Diciembre in-